



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Encuentros, enseñanzas y reflexiones

Autor:

Barbieri, Mirta Ana

Revista:

Cuadernos de Antropología Social

2006, 23, 163-165



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

ENCUENTROS, ENSEÑANZAS Y REFLEXIONES

Mirta Ana Barbieri

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires

A mediados de los ochenta, nuestros primeros trabajos en el área de antropología urbana coincidieron con los inicios de la democracia. Entre esos aires renovadores destaco las visitas que periódicamente comenzó a hacer Gerard Althabe al país. Recuerdo su solícito interés por las investigaciones que emprendíamos, siempre al tanto de las temáticas que nos ocupaban y de los escenarios de nuestros trabajos de campo. Leía nuestros textos cuidadosamente, brindando sugerencias precisas y oportunas.

Veinte años después es posible revisar aportes de la producción de Althabe que nos “abrieron la cabeza”, dejando marcas en nuestro desempeño. Fueron objeto de reflexión en la propia producción y también durante la formación y transmisión a las generaciones más jóvenes.

Destacaré en esta oportunidad sucintamente algunas cuestiones que han sido objeto de interés especial para Althabe, sobre las que recurrentemente vuelvo, recuperando la riqueza de su análisis. Interesado en redefinir el rol y la posición del antropólogo, Althabe focaliza en ese espacio comunicacional, de intercambios que comprometen al antropólogo y los sujetos en la situación de campo. Considera a ese proceso fundador, en tanto punto de partida de la investigación antropológica y de la producción del conocimiento. En esa instancia el investigador se ve construido como un otro y un nosotros alternativamente, en un juego en el que deberá acortar y alargar la distancia con los sujetos/objetos, en un doble movimiento de aproximación y alejamiento. Contrariamente a la pretendida neutralidad que postulan las posturas positivistas, la ilusoria invisibilidad del investigador en la situación de campo, Althabe sostiene la necesidad de la implicación en el mismo, considerándola el marco infranqueable de la producción del saber, que hará viable que el antropólogo pueda ser aceptado en ese juego social que le es ajeno. Implicación es involucramiento, contextualizado por la presencia, variables biográficas, calificada por el sesgo ideológico, ideacional del investigador, que viabilizará que éste sea constituido como actor en un juego de inclusión/exclusión, en el universo que pretende estudiar, cuyas reglas y lógica aspira a comprender y comunicar, trámite no exento de tensiones, conflictos y contradicciones.

Desde la perspectiva del investigador entonces, la distancia es una forma de recuperar la autonomía y no quedar adscripto a la lógica del mundo nativo. La tentativa de comprender el objeto y la conciencia de escisión resulta conflictiva

para el antropólogo que oscila entre mantener una prudente lejanía que permita valorar lo que sucede o bien involucrarse en la investigación como situación total. El rol es complejo en tanto debe mediar con los impulsos que lo llevan a aproximarse o a tomar distancia de sus interlocutores, considerando simultáneamente aspectos que lo acercan a quienes se dirige para el logro de su búsqueda y aquellos que lo diferencian de éstos, sobre los que se funda con frecuencia el propósito de la investigación. En esa pugna del investigador para ingresar a una situación que es previa a su presencia, los actores sociales mantienen una actitud activa en la que construyen al investigador alternativamente desde la alteridad y la semejanza, reubicándolo constantemente en distintas locaciones de la escena, independientemente de las alianzas que aquél haya o no establecido, muchas veces asignándole identidades nuevas, configuradas desde la perspectiva local.

Me interesa señalar que la frecuente asociación del antropólogo con la autoridad o la asimetría en la relación con los sujetos que estudia, ha ocultado su vulnerabilidad en la situación de campo, la dificultad de sostener una posición, en tanto ésta es redefinida constantemente por aquellos durante su participación en el juego social que los compromete. Es difícil insertarse en una comunidad, presentarse, decir qué hace y quién es uno. Nuestros interlocutores necesitan saber quienes somos. La aceptación y el consentimiento de éstos deberá ser renovado diariamente durante el desarrollo de la investigación. El desempeño en el campo es muy complejo. Es difícil establecer a priori cuales son las mejores o peores elecciones, estándares, criterios y normas a seguir.

La interacción antropólogo/interlocutores implica un ejercicio de negociación mutua de los sentidos que se producen en los encuentros, el investigador debe estar atento a no preconstruir ni a los otros, ni a los acontecimientos, a no establecer relaciones que supongan un recorte arbitrario del objeto, dotándolo de sentido a partir de perspectivas parciales, explicando el todo desde las partes. Althabe sostiene el valor de ampliar la mirada etnográfica hacia un posicionamiento más abarcativo, reconocer que los sujetos interactúan en múltiples dimensiones sociales. Admitir la pertinencia de un objeto de investigación multisituado y móvil, donde los temas, significados culturales, identidades circulan en ámbitos diferenciados entre los cuales se pueden establecer asociaciones, conexiones, intercambios, revisar límites, fronteras.

Comprender entonces las condiciones en las que se producen los intercambios entre el investigador y los sujetos en el acto comunicacional que tiene lugar durante los encuentros, es una vía útil para clarificar aspectos vinculados a la especificidad disciplinaria —que pretende un conocimiento desde adentro—, y para

afianzar las distintas etapas de la investigación en las que se deberá trascender ese tipo de saberes.

Quisiera cerrar este texto volviendo a la presencia de Althabe entre nosotros, recordando su última visita en el invierno del 2004 a Buenos Aires. Varios compañeros compartimos con él un almuerzo distendido en un local vecino a la facultad. Como siempre él escuchó atento nuestras vicisitudes, contó sus novedades y proyectos. Recuerdo que su despedida fue larga; en mi impresión, antes de partir intentaba retener, hacer perdurar, aquella última imagen de los colegas del sur.

“Y EL TRABAJO DE CAMPO DONDE ESTÁ...?”. UN RECUERDO: PUNTO DE INFLEXIÓN EN MI FORMACIÓN.

Mónica Lacarrieu

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. CONICET

Mis recuerdos sobre Gérard Althabe están atravesados por mis primeras incursiones en el campo de la antropología social y especialmente del trabajo de campo etnográfico. Sobre mediados de los '80, una vez que la democracia retornó a nuestro país, muchos de nosotros iniciamos la carrera académica y al mismo tiempo comenzamos a construir el espacio de la antropología local. Por esos años, era una becaria de investigación de Conicet que formaba parte de un equipo más amplio vinculado en sus estudios a investigaciones sobre la antropología urbana. Mi investigación que con posterioridad se materializó en mi tesis de doctorado, se focalizaba en el problema de las disputas por la apropiación del espacio urbano en torno de los conventillos –en tanto bien material y simbólico– del barrio de La Boca en la ciudad de Buenos Aires. Es por aquellos años en que Gérard comenzó a visitarnos con cierta frecuencia, y en cada una de sus visitas contribuyó al equipo de antropología urbana leyendo y analizando nuestros trabajos, o discutiendo premisas teórico–metodológicas.

Deseo, sin embargo, enfatizar en uno de los mejores recuerdos que me han quedado de la relación que establecimos por aquellos tiempos, y que impactó sobre mi trabajo y mi formación de manera especial. La sobreabundancia de monografías descriptivas empíricas que durante la dictadura nos vimos obligados a leer, cuando aún algunos éramos estudiantes de la carrera, en los primeros años de la apertura democrática nos condujo a colocar el énfasis –a veces sobreactuado– sobre los encuadres teóricos, más allá de que nuestra mirada antropológica se